

dijo, lo dijera bajo las sugerencias malvadas de aquellos que, deseando desnaturalizarle para todo y en todo, quitábanle su naturaleza de hijo, y le revolvían ¡infames! contra la persona ó la memoria de sus padres, como verdaderos monstruos criando en sus criminales ideas y en sus perversas costumbres á otro monstruo. Pero Carlos II de Inglaterra, hijo y sucesor de Carlos I, por obtener y conservar un frágil trono en Escocia, firmó una declaración diciendo que había pecado su padre contra Dios y la Iglesia de Dios casándose con una pagana como su madre, perteneciente á una familia y religión idólatras; que la sangre vertida en las guerras últimas debía imputarse á su padre; que renegaba de la pésima educación á él dada por sus progenitores; que sacudía cuantas fábulas supersticiosas le sugiriera la religión de sus mayores, debiendo llamar á su infancia y sus mocedades una rebelión eterna contra el cielo; que abrazaría las nuevas creencias tanto en Inglaterra como en Escocia, y maldeciría de todos los suyos si no las compartieran y aceptaran. ¡Qué hiena; revolviendo los huesos de sus mayores y calumniando á sus padres! ¡Pero así necesitan ser los Reyes si han de reinar, y tales crímenes trae consigo aparejada la realeza!

Volvamos á Luis XVI, quien, habiendo pasado, en su primera parte, aquella noche del veinte con su familia, pasóla, en su parte segunda, con el confesor. A las diez y media terminó el coloquio trágico entre Luis y los suyos; comenzó á esta misma hora el coloquio entre la eternidad y él por medio de la confesión y del confesor. Mas Clery observó, antes de apartarse del camarín, donde penitente y penitenciario debían encerrarse, con la paternal solicitud propia de su oficio, que no había comido el Rey en muchas horas bocado alguno; y necesitaba, por lo menos, un tenteempié, indispensable al supremo trance para que pudiese continuar con su fuerza y su tranquilidad naturales por aquellas vías de un Calvario, donde tan fácilmente se obscurece la inteligencia y se desmaya el ánimo. Al Rey no le parecía bien comer, sin duda recordando cómo la malicia general convirtiera sus buenas ganas en glotonería y voracidad indudables, haciendo de la observancia del precepto divino, que nos manda sustentarnos, un arraigado vicio, con aires de verdadero crimen. Pero el confesor le observó cómo las fuerzas psíquicas, espirituales, necesarias todas ellas para un buen tránsito y paso de este mundo al otro, necesitaban de las fuerzas fisiológicas, corporales, según necesita el alma de su cuerpo para la expresión del íntimo pensamiento; y no había más remedio que sustentar estas fuerzas físicas con la comida, evitando desmayos de la parte material humana, los cuales podían atribuirse á desmayos de la parte moral, mientras tan entero y animoso y sereno estaba en su agonía y en su capilla. El Rey oyó las observaciones del confesor y cenó entre diez y media y once con mucho apetito, como siempre, pero en cantidad escasa, contra su costumbre y hábito. Había en el comedor, y en los pasillos al comedor conducentes, crecido número de guardias comuneros, artesanos y jóvenes en su mayor parte. La concisión histórica de los evangelistas ha callado casi todos los nombres de aquellos terribles sayones romanos que ator-

mentaron á Cristo; pero la garrulidad histórica de los franceses nos ha guardado lista de los sayones municipales que atormentaron á Luis. Allí estaban Douge, albañil; Baudeus, literato; Teurlot, relojero; Detournelles, director de registros; Bodson, grabador; Ton, mercero; Marie, empedrador; Mercereau, picapedrero; y otros más, ninguno á los cuarenta llegado, exaltando sus ideas revolucionarias con sus juveniles y descarriadas pasiones, y siguiendo al Rey, sin quitarle ojo, como verdaderos esbirros. Y si á vigilarlo se hubieran reducido, vaya en gracia; pero coincidía su vigilancia con escudriñamientos molestos al vigilado y con frases á su persona ofensivas. Así, mientras Luis cenaba, seguían ellos en su acostumbrada chacota, en sus vociferaciones continuas, en su conversación política ruidosa, profiriendo frases crueles contra su víctima y desacatando sin remordimiento una institución derrotada en todas partes y un Rey cautivo en duro y afrentoso cautiverio. Nunca, como en aquella noche, se mostró cuánto una mala educación, proveída del hogar y de la propia familia ó del Estado y la pública gobernación extendiéndose desde los senos de una sociedad, exaltadísima por una berrachera de ideas, no bien clasificadas en su alta espiritualidad y poco digeribles por el común de los ciudadanos, concluye por sobreponerse á la naturaleza fundamental humana, sometida por sus instintos inferiores, instintos simios, al imperio de la costumbre y de la moda. El Rey estaba preparándose para morir en aquel instante, y merecía todos los respetos, con que la compasión y la caridad humana rodean al moribundo en la hora trágica, precedente á su muerte. Hasta las gentes más crueles atienden y cuidan al mayor criminal cuando está en capilla, y sobre su cabeza la sombra del verdugo se proyecta y bajo sus pies el abismo de la eternidad se abre, pues ya no pertenece á este mundo, pertenece al otro, y pasa de la jurisdicción falible del hombre á la jurisdicción infalible del Eterno. Hasta el carnicero y el matarife compadecen al infeliz animal, que deben inmolar en su matadero, al verlo dirigirse forzosamente á la muerte. Luis podía ser Monarca, mas también era hombre; y como perteneciente á nuestra humanidad, debía merecer la compasión prestable por todos los humanos á sus semejantes. El mismo carácter de Rey agravaba en su persona el carácter de mártir. Su caída desde tan alto aumentaba la gravedad enorme del golpe recibido y exigía un respeto religioso, aunque fuese justísima, de la caridad cristiana. Perseguido, acosado, como el ojeado jabalí por los lebreles, puesto en la picota, donde le asaeteaban sus antiguos vasallos con toda clase de insultos, por culpas, no tanto propias, como de su origen, de su cuna, de su estirpe; juzgado por los mismos que cuatro lustros antes no se hubieran atrevido á mirarle por no cegar al brillo de sus regios resplandores; cautivo en una torre ceñuda y sombría; bajo una sentencia capital que iba dentro de algunas horas á cumplirse; no debían hablar los guardas comuneros, como en aquellos pasillos hablaron, de venganza, cuando se cumplía con rigores excesivos la implacable justicia. Pero el Rey, al oír tales desacatos, no debía objetarles ni una sola frase por-



que bajaba de su majestad, y tenía en cuenta especies muy despreciables en el momento de presentar su reinado de Monarca y su vida de hombre al aprecio de Dios. Y sin embargo de que tales consideraciones le debieron refrenar, habló, y habló largamente sobre las desgracias colectivas que su desgracia personal atraería por modo irremediable á los franceses. Y estando en todo, cayó en que su confesor tampoco un bocado tomara y le invitó á cenar. Cenó Firmont lo necesario al sustento de sus fuerzas, y hecho este corto reparo de ellas, se marchó con el Rey al recóndito camarín del castillo. Eran las once. Aquí empezó la confesión.

Francamente, siempre que vemos el mal tan extendido en los espacios y el error tan extendido en los espíritus, nos tornamos al eterno misterio pidiéndole que nos descifre, y no con jeroglíficos, con verdades, sus enigmas, y nos mande á nuestros labios desecados por el ejercicio continuo de una plegaria inútil y sin eco el rocío que los refrigere y los endulce para el cántico de las divinas alabanzas. Todos hemos interrogado al Universo; y el Universo nos ha respondido á todos con perdurable silencio. Esos espacios, por cuyos cerúleos senos tantos soles discurren, serán muy luminosos, pero están muy callados. El silencio de las alturas mucho se parece al silencio de los sepulcros. Con espirituales tendencias á saber; como las aves del aire á volar; en cuanto subís mucho, no podéis vivir, porque no podéis respirar. El concierto de las esferas podrá oírse desde arriba; desde abajo no se oye ni una miserable nota. Si queremos saber ó averiguar hasta dónde la vida humana se dilata más allá de nuestra esfera, nos encontramos con que la más próxima entre todas esas luminarias celestiales ¡ay! se halla extinta; nos encontramos con que nuestro planeta va por la inmensidad del éter con un cadáver unido á su radio en perdurable desposorio. Así los mundos nos parecen purgatorios donde almas, ó superiores ó inferiores á la nuestra, plañen y penan fatalidades indecibles. Y si la serpiente del mal se ha enroscado lo mismo al átomo de ceniza frío perdido en nuestros cementerios, que á las hermosas pléyades relucientes en serenas noches y á la estrella Sirio deslumbradora en las profundidades de lo infinito ¿dónde iremos á buscar el bien? Dentro de nosotros mismos imposible hallarlo. Cada pecho parece un verdadero yunque, sobre cuya férrea superficie se destroza el corazón al golpe de unas desgracias continuas, generadoras de unos dolores eternos. En el mundo material no hay plagas ni calamidades comparables á las plagas del mundo moral. El entierro externo de nuestros semejantes muertos no resulta, no, tan triste como el entierro externo de nuestras esperanzas perdidas. Cada uno de nosotros lleva en las entrañas el aguijón de un desengaño y este aguijón envenena y mata más que el aguijón de las víboras. Nos damos con el cerebro contra los hierros de la estéril y estrecha lógica donde nuestro pensamiento está encerrado, como el criminal, en su calabozo y en su jaula el demente, sin que podamos extraer de sus esfuerzos si no verdades relativas siempre, nunca la verdad arquetípica y absoluta. Los elementos de la

vida se os tornan á cada paso en agentes de la muerte. Bajo vuestros pies, el suelo que os sustenta, hosteza con abismos insondables ó se estremece en terremotos horribles. Sobre vuestras cabezas el aire vivificador se torna en huracán y ciclón, sólo propensos al exterminio. La viva luz deslumbra vuestros ojos y ciega vuestra vista. La pródiga lumbré, á cuyo amor el hogar vive, se torna incendio voraz que lo consume y acaba. No hay medio de preservar los mejores amigos á la ingratitud; ni el amor de mujer más indispensable á la vuestra vida no hay medio de sustraerlo á la inconstancia que os mata con sus desengaños. Cada beneficio sembrado en los surcos de la sociedad os da frutos de ponzoña. No corráis tras ninguna ilusión, porque corréis al riesgo de, al estrujarla entre vuestros dedos, convertirla en desilusión y en desencanto, sin colores en sus alas ó sin alas en sus cuerpos, metamorfoseadas de multicolores mariposas en orugas horribles. Así no hay más remedio para procurar el consuelo que pedir un refugio al misterio. Los sepulcros, que no hablan en el Universo, mudo é indiferente, hablan en el templo, alfombrado de losas funerarias y ceñido de iris deslumbradores, enlazando con el recuerdo la esperanza. Esos montones de huesos mondados y glaciales, no requeridos ni de los cuervos por no poder sacarles ni una hilacha de fibra ni un dejo de tuétano, vistos por Ezequiel en la desolación de sus desiertos semitas, se alientan al calor de las lámparas sacratísimas y reviven al dogma de la resurrección. Los conciertos de mudos, cuyas armonías no podéis oír en las esferas materialísimas del cielo, podéis oírlo en las esferas espirituales del arte. La soledad de lo infinito henchida se halla por las emanaciones del espíritu divino, más luminosas y más permanentes que los efluvios del éter universal. Ese terrible silencio de lo infinito, que tanto á los espíritus medrosos asusta, quedó interrumpido con la revelación del Verbo, entrevisto en las escuelas platónicas y divinizado por los Concilios Ecnómicos. La indiferencia del Universo por nuestros males y desgracias, la eternal sordera de la Naturaleza implacable á nuestras plegarias, su rigor cruel tomando por instrumento de renovación únicamente la muerte, hase trocado en amor á la celeste aparición del ideal femenino sobre las batallas del planeta, ese ideal representado por la Virgen Madre, á cuyos pies rota está la serpiente del paraíso, tan venenosa y terrible, sobre cuya cabeza viva está la luz increada que resplandeció pura en los espacios antes del error y del pecado. No hay más refugio contra el dolor que la religión, como no hay otro antídoto contra la muerte que los dogmas y las esperanzas religiosas. Luis XVI hizo bien apelando á ese refugio y bebiendo la última noche de su vida en esa esperanza la inmortalidad. Para su educación espiritual no había más intermediario entre la criatura y el Criador que un verdadero sacerdote; no había otra escala para subir desde este mundo al otro que la confesión; y al sacerdote y á la confesión recurrió.

Esta confesión se dilató hasta las doce y media. Pero el Rey no creía satisfecha su conciencia moral ni cumplidas sus obligaciones religiosas con haberse acercado al tribunal de



la Penitencia; quería oír misa, y después de oír misa, comer el Pan de los ángeles en una comunión ortodoxa. Mas, ¿cómo llegar á todo esto entre los odios de la gente comunera contra los curas fieles al dogma católico y las precauciones tomadas en el Temple impidiendo cualquier acto dirigido á suscitar la reacción religiosa ó la reacción monárquica? El sigilo de los curas canónicos tan lejos iba, temerosos de verse apuñalar cuando sueltos andaban y desperdigados, como juntos los degollaran en las prisiones el dos de Septiembre, que había entrado Firmont en los regios calabozos aquella trágica tarde del veinte, ido allí en personal compañía con el ministro de Justicia y otros republicanos, hablado al Rey horas y horas, con el Rey compartido la última cena, en el camarín más recatado de la torre con verdadero misterio recludose por la noche, y nadie sabía en el vigilado Temple que fuera sacerdote. La falta de todo traje talar y de toda insignia litúrgica; el abandono y dejación de señales tan expresivas del ministerio sacerdotal como la corona rapada en la cabeza; el artificio puesto á la continua por obra para confundirse con todos los laicos en público; habiéndoles dado á los curas ortodoxos, no solamente aspecto nuevo, nueva naturaleza, la cual concluía por ocultar el carácter propio de gentes así acostumbradas á ejercer su ministerio y practicar su liturgia en las profundidades mayores del silencio y en las sombras más espesas del misterio. ¿Cómo cometer la temeridad inverosímil de comunicar á los más radicales entre las gentes revolucionarias el secreto de la profesión ejercida con el Rey por el buen Firmont, y persuadirles á tolerar que la ejerciese hasta el fin de aquella pasión y de aquel martirio en la persona del Rey? Firmont, hubiera podido llevar la Hostia de oculto y en secreto; pero la necesidad imprescindible de someterse al registro escrupuloso á su ingreso en la regia prisión le disuadieron del intento, con razón temiendo irreverencias y profanaciones horribles. Así no debe maravillarnos que después de haber pedido Luis misa y comunión, desistiera de su demanda, y aconsejara con empeño al abate no intentar tamaña obra en medio de tan procelosos peligros. Pero Firmont, exaltado por la misma dificultad, pues los caracteres fuertes se aceran en el obstáculo, resolvió, contra la voluntad misma del Rey, revelar á los comuneros su carácter sagrado, y pedirles humilde y rendido los medios conducentes á coronar la regia confesión postrera con la Cena y con la misa. Muy resuelto aquel penitenciario, no obstante haberle asegurado su penitente que nada conseguiría en esta obra de perfeccionar su penitencia, échase por completo á las espaldas el alma; superó el recelo de morir en la demanda; se fué á la sala del Consejo, donde se reunían los comuneros, y les requirió á un coloquio necesario en aquella hora sublime. Reuniéronse, con efecto. Los altos licores que bebían en sus continuas francachelas y las conversaciones políticas que sustentaban en sus continuas disputas, remontando sus nervios, les tenían muy despiertos á todos en su multiplicación, y muy dispuestos á cada cual en su radio para desempeñar los dramáticos empeños de sus correspondientes cargos. Pero, dispuestos y todo, creyeron soñar al ver en su presencia nada

menos que un clérigo injuramentado, adversario jurado de la Convención y de la República. ¿Cómo había podido llegar á presencia del Rey? ¿Cómo había roto la consigna dada de que no viese á persona ninguna el Monarca, y con persona ninguna en este trance á solas hablase y en secreto, fuera del oído y del ojo de la vigilancia comunera? ¿Cómo le acompañara en su ministerio un ministro de la República? Así declinaban ellos toda responsabilidad por lo sucedido sobre la persona del verdadero ministro de Justicia, quien había conducido hasta allí al supuesto ministro de la Iglesia, pues no creían lo fuese Firmont, y cohonestaban su negativa irrevocable de consentir las ceremonias con su creencia profunda de que Firmont no era cura. Pero tanto insistió éste con elocuente sinceridad en afirmar su carácter sagrado, que lo creyeron; y refugiaron entonces su negativa en la falta completa de menesteres litúrgicos; de ropas, de cálices, de cirios, de hostias para de decir una misa y dar una comunión. Empeñado con empeño tenaz Firmont en su cometido, contestó no parecerle cosa irremediable la falta de ornamentos y de objetos litúrgicos, cuando en cualquier Iglesia se hallaban, y podía procurarlos á una sola demanda la Iglesia más vecina. Acosados de esta manera por la muy cerrada lógica del abate, no sabían á qué santo encomendarse ya para salirse con la suya, cuanto pide hablar un comisario exaltado y joven. El hábito de los clubs; la moda de imitar las ilustres asambleas reunidas por aquel tiempo en Francia; la propensión de todos los ciudadanos á participar de todos los debates, convertían cualquier particular y privada reunión en congreso general ó público; y un verdadero congreso fué la congregación de los citados por Firmont en aquellos salones del Temple. Y así, el que había pedido la palabra largamente habló, oponiendo á las pretensiones del abate una irrevocable negativa, porque podría Firmont llevar una hostia envenenada, y envenenar al Rey en la comunión, lo cual no pasaría por vez primera, sustrayéndolo con esta voluntaria muerte á la justicia del pueblo francés y á la jurisdicción del parlamento soberano. Sonrió con ingenuidad el confesor á la exposición de tan pueril sóspecha; meneó la cabeza con gracia suma; levantó las manos á lo alto como invocando un testimonio celeste; y dijo en palabras llenas de unción á los recalcitrantes cómo sus cavilaciones marraban y cuán frágil base tenían, cuando se acababa de sujetar él á un registro escrupuloso, y en este registro escrupuloso no se había encontrado ampolla ni frasquito ninguno en que pudiera haber un veneno; por lo cual, si el Rey moría envenenado, lo envenenarían ellos, que imperaban sobre todo, no él, que ninguna cosa podía llevar después de registrado sobre su escueta persona. Quiso replicar el preopinante, mas no le dejaron sus colegas, quienes, después de haber dicho á Firmont aguardase fuera sus órdenes, deliberaron, y al cuarto de hora decidieron que oyese la deseada misa el pobre Luis, tomando además la comunión canónica y ortodoxa como le pluguiese.

Los reservas condicionales únicamente restringían las gracias y concesiones; primera, que las peticiones al vecino templo de los objetos necesarios á la misa, no se notificaran